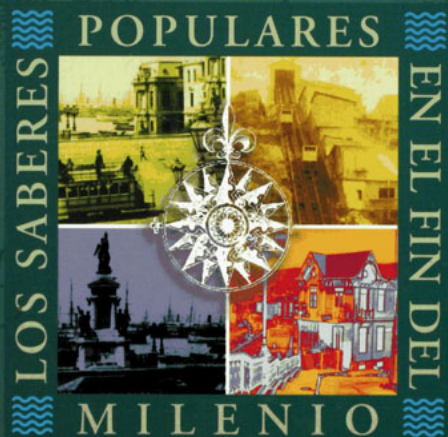


Academia Nacional de Folklore Chileno y Argentino
Universidad Católica de Valparaíso

LIBRO DE ORO



PONENCIAS

4º Congreso Binacional de Folklore
Chileno y Argentino

Tandil - Argentina

BIBLIOTECA NACIONAL



00812522

VIGENCIA DE LAS MANIFESTACIONES FOLKLÓRICAS. LA ADIVINANZA COMO TEXTO

ANISIA MORENO
VALERIA DEMARCO

La irrupción de la oralidad en la enseñanza de la lengua destaca la importancia de trabajar desde el nivel inicial de la educación con el conocimiento de saberes hondamente arraigados en aspectos vinculados a tradiciones culturales y la memoria colectiva de las comunidades.

Esto tiene, en cuanto a sus destinatarios una doble vertiente: por un lado propende a la adquisición de competencias lingüísticas y su desarrollo en la primera infancia, y por otro, adquiere significativa importancia como contenido vinculado a estrategias de aula para ser utilizado por los docentes.

Para ambos se convierte en un instrumento privilegiado de valoración de la identidad cultural.

En la amplia gama de recursos que nos ofrece este aspecto del lenguaje – la oralidad–, las adivinanzas se presentan como un saber popular fruto de una aguda observación del mundo y los objetos cuyo punto de partida es el sentido común.

Consideradas lingüísticamente como un tipo de texto que pese a su brevedad y condensación posee un sentido completo, presentan rasgos diferenciales que interesa conocer y destacar dada la escasa difusión y jerarquía escolar que como recurso didáctico han mantenido durante largo tiempo.

Desde su estado de latencia, sin embargo, puede ser recuperado con nuevos bríos sobre el fin del milenio resignificando la práctica docente y el aprendizaje a partir de un juego de ingenio tan antiguo como la humanidad.

DESARROLLO

Principal cometido de nuestra presentación es rescatar la potencialidad del “saber popular” a través de las adivinanzas, como manifestación de un saber que parte del saber popular, pero no para quedarse en saber popular.

Esto confiere identidad a la propuesta que planteamos, teniendo en cuenta el marco del evento en el que estamos participando: un Congreso Internacional, organizado por una Facultad de una Universidad y nosotros en ese

marco, desde nuestro lugar como docentes de una cátedra a través de la cual contribuimos a formar formadores, en el Profesorado para el Nivel Inicial de la educación. Es decir que estamos investidos de todos los símbolos que otorga un lugar de conocimiento.

Este contexto posibilita la reflexión y justifica que postulemos que todo tipo de acción docente requiere de análisis. Partimos de utilizar como elemento generador una concepción de la literatura que apoyándose en la figura de un docente coordinador que opere, más que dirigiendo, manteniendo la discusión, permita que los textos puedan leerse a través de la propia experiencia de vida de los participantes y que esta lectura, apoyada en la interpretación del texto permita discusiones motivadoras y críticas que no tiendan a la construcción de una única verdad sino a la búsqueda de alternativas posibles. Tratamos de evitar así la imposición de la literatura como categoría prestigiosa y definitiva pues, en los medios populares, esta palabra se vincula a menudo con un campo de difícil acceso. Esta perspectiva promueve un movimiento gradual hacia el discurso estético-literario y posibilita acceder a él mediante una operación de diferenciación.

Dentro de la sociedad global es posible distinguir un conjunto de textos producidos y transmitidos por vía oral: mitos, relatos, proverbios, cuentos, canciones, rondas infantiles, antiguos pregones de vendedores callejeros, adivinanzas. Estas formas discursivas se encuentran representadas de manera desigual frente a otras consideradas como literarias y esto sucede por falta de un trabajo de mayor profundización que ahonde en la riqueza y comprensión del pensamiento de condición oral, origen de todo este tipo de manifestaciones. Con la revalorización de la oralidad en los contenidos básicos comunes de la educación a partir de la última reforma en Argentina, se instala la necesidad de recuperar algunas de sus características que vuelven para resignificar la práctica docente.

Las adivinanzas comparten con el resto de las manifestaciones citadas este contexto de oralidad pero uno de los rasgos que mejor las identifica es su carácter agonístico (del griego *agon*, lucha, como característica de los juegos sagrados y los certámenes públicos de todo género y tipo que se celebraban, tanto de ingenio como corporales).

Juego verbal, entretenimiento conocido desde muy antiguo, parte de la diversión que supone es la de proveer indicios para que quienes escuchan estén atentos en procura del camino que supone la respuesta. Por eso contextualizan desafíos de comprensión oral. Con ellas se pone a prueba el ingenio de los creadores y también de los que participan buscando las soluciones a esta especie de acertijo. Su mejor enseñanza está en aguzar el ingenio para orientar la búsqueda, proporcionando pistas que conducen a la solución.

La gracia de adivinar no está sólo en acertar, en ganar, sino en darse cuen-

ta. Es saber mirar que el caracol puede ser también una "casa que camina", que el anillo puede ser imaginado en su redondez como "un barril sin fondo", que los ojos pueden ser "dos cristales transparentes" y la campana "una vieja con un solo diente, que llama y llama a la gente".

Por eso gustan especialmente a los chicos, porque representan de una vez, en forma concentrada e hipersintética, una experiencia de conquista de la realidad. Contienen todo aquello que todavía les resulta misterioso y que hay que descifrar dándole vuelta con preguntas, preguntando y volviendo a preguntar. ¿Por qué, entonces, marcamos este rasgo con la dramaticidad de lo agonístico y no de lo meramente lúdico?

Porque desde los más remotos tiempos de la humanidad, el pensamiento de carácter oral situó al conocimiento en un contexto de lucha. Si la escritura propicia abstracciones, aparta al que sabe de lo sabido, la oralidad lo pone en una situación concreta, vital y de conquista. Los proverbios, acertijos, adivinanzas, no se emplean simplemente para dar lugar al juego o almacenar conocimientos sino para comprometer a otros en el combate verbal e intelectual que supone desafiar a los oyentes y provocarlos a replicar con otra respuesta más oportuna. El mundo oral agonístico, es un mundo intensamente polarizado entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, los villanos y los héroes, los buenos y los malos, los que saben y los que no saben, los que ganan y los que pierden. Su dinámica estimula el triunfalismo y no deja resquicios para la ambigüedad, por eso resulta tan atractiva para el mundo de la primera infancia. Estos minúsculos mensajes que se erigen frente a los usos ordinarios del lenguaje estándar matizándolo desde su picardía o ingenuidad, efectúan esa referencia a algo concreto mediante la captura de un argumento con el cual el hablante demuestra lo que sostiene; desde ese momento, ingresa al contexto de lucha por el ingenio o el acierto, se presenta al desciframiento en el que se inscribe, y destaca el prestigio sapiencial de los contrincantes: bien del que lo adivina, bien del que lo revela y gana. El reconocimiento por el ganador se torna irrefutable. Y no hay manera de refutar este mundo de la oralidad y lo popular que considera la inteligencia no como deducida de complejos interrogantes sino según su situación en contextos funcionales. Las adivinanzas, requieren de esta astucia, de conocimientos a menudo profundamente intuitivos, más allá de las palabras mismas que las componen.

Esta importante inserción que tienen en la cultura oral nos lleva a hablar de un segundo rasgo identificadorio: es la función que tienen como elemento psicodinámico, la relación que mantienen con el esencial carácter oral del lenguaje, en donde las palabras son sonidos sobre los que, una vez pronunciados, no tenemos por dónde buscar para "verlos"; no tienen foco ni dejan huella. En tanto sonidos, guardan una relación especial con el tiempo, distinta de la de los demás campos de la percepción humana: el sonido sólo existe cuando abandona la existencia; no es simplemente perecedero sino, en esencia, evanescente.

Al no existir manera de detenerlo, todo sonido, y en especial la enunciación oral, es dinámico. Por eso, la sujeción de las palabras al mismo determina no sólo los modos de expresión sino también los procesos de pensamiento. Uno sabe lo que puede recordar. Y ¿cómo recuerdan las personas que no han accedido a una cultura escrita? ¿Cómo organizan el material para poder recordarlo? ¿Cómo se hace posible traer a la memoria aquello que no puede conservarse ni aún en apuntes garabateados? Mediante una disposición especial de sus textos orales. En una cultura oral el pensamiento sostenido está vinculado con pensar cosas memorizables. Para resolver eficazmente el problema de retener el conocimiento habrá que seguir pautas mnemotécnicas formuladas para la pronta repetición oral. Repetir una y otra vez lo que se ha aprendido. El pensamiento debe originarse según pautas equilibradas e intensamente rítmicas, con repeticiones, antítesis, aliteraciones, asonancias, expresiones calificativas y de tipo formulario, con marcos temáticos comunes que todo el mundo escuche constantemente, de manera que vengan a la mente con facilidad y que ellos mismos sean modelados para la retención y la pronta repetición. En el discurso oral, fuera de la mente no hay nada a qué volver pues el enunciado oral desaparece en cuanto es articulado; la redundancia, la repetición, la expresión formulaica, ayudan a mantener eficazmente tanto al hablante como al oyente en la misma sintonía.

Palo liso,
Palo liso,
cuando te veo me atemorizo
(la serpiente)

En el campo fui criada
en el campo fui nacida,
donde quiera que yo entro
todos lloran y suspiran
(la cebolla)

¿Quién es,
quién es,
el que bebe
por los pies?
(el árbol)

Estas necesidades mnemotécnicas determinan su sintaxis. Sus peculiaridades en este nivel alcanzan un alto grado de apartamiento del lenguaje estándar al solo efecto de romper con la gramática habitual en busca de una organización del lenguaje propia y diferenciada.

Las fórmulas ayudan a aplicar el discurso rítmico y también sirven de recurso mnemotécnico, como expresiones fijas que circulan de boca en boca y

de oído en oído. Las expresiones fijas, rítmicamente equilibradas entre las cuales se cuentan las adivinanzas, en las culturas orales no han sido ocasionales. Forman la sustancia del pensamiento mismo y el pensamiento es imposible sin ellas, pues en ellas consiste. Esto es común en todo el mundo, desde la Grecia homérica hasta la actualidad. En una cultura oral, la experiencia es intelectualizada mnemotécnicamente.

Por eso, el texto de la adivinanza hace uso, por excelencia, de la función poética del lenguaje. Muchas de ellas son un prodigio de síntesis e imágenes poéticas. En gran cantidad, se hallan metáforas sumamente ingeniosas que juegan a comparar poéticamente cosas de la realidad o de la naturaleza con otras cosas.

Guardada en estrecha cárcel,
por soldados de marfil,
hay una flor roja
que es la madre del mentir
(la lengua)

Arquita chiquita,
de buen parecer,
ningún carpintero
la ha podido hacer,
solo Dios del cielo
con su gran poder
(la nuez)

Podemos, pues, remitirlas al ámbito de la poesía, concepto inestable e impreciso si los hay en el curso del tiempo, o más bien a la "poeticidad" que se manifiesta en ellas por el hecho de que la palabra se siente como tal y no como simple sustituto del objeto nombrado.

... Yo habito en diversas partes, de mí nacen las historias,
no soy mujer ni viviente, son fúnebres mis memorias,
soy vocablo de la gente, en el oro me verán,
colmo de las agudezas. si me buscan me hallarán:
En el mundo hago grandezas, en medio estoy de la gloa. (la letra O)

La adivinanza se incorpora a este flujo con huellas bien visibles de la función poética que le imprime rasgos formales muy apartados del lenguaje estándar. Su estructura formal las obliga a ser versos, esto es, organizaciones indiscutiblemente lindantes con lo literario y no obstante haber señalado el carácter mnemotécnico del ritmo y de la rima, esa distinción no las aparta de los rasgos que pueden presentar como texto literario. Ciertos recursos del lenguaje de la poesía aparecen también como orientados hacia este fin: el de que

el poema sea fácilmente recordable. Todos contribuyen para lograr el "extrañamiento" del mensaje, sentirlo como diferente y, por esa misma razón, registrarlo en la memoria.

Debemos admitir pues, que la adivinanza y el poema son mensajes que comparten muchas propiedades entre sí. Verso, ritmo significativo y rima no pertenecen exclusivamente al poema y por lo mismo que no sirven para distinguir a éste de la copla, el pregón, la ronda, o la adivinanza, tampoco son razón suficiente para diferenciarlos. Aparte de la literatura, existe un lenguaje en multitud de manifestaciones que se integran a la competencia lingüística de los hablantes, que recibimos y reproducimos como entidades acuñadas sin que las hayamos forjado y que aceptamos sin proponernos introducir en ellas ninguna modificación. Son también géneros del lenguaje que aunque no estrictamente literarios están sometidos a constricciones formales y espaciales que configuran funciones y propiedades diversas.

En el caso concreto de la adivinanza, el ritmo y la rima se ofrecen como garantes de su independencia tonal y de su vertebración interna: introducir una adivinanza en el discurso oral implica pasar de un texto cuyo ritmo no es signo del sistema, a otro en que el ritmo es inherente al mensaje. Su marcada estructura rítmica está siempre presente aunque es muy variada: va del pareado perfecto a las compuestas por lo general por cuatro versos breves, pasando también por sargas organizadas de mayor extensión. En todas, la distribución acentual es factor constructivo deliberado y propende a su fijación mnemónica. Una exigencia de organización para permanecer en la memoria es causa de esta determinante estructura que depende de tan corto espacio disponible. La rima puede ser contemplada aquí en su principal cometido estructurante: está al servicio de la consolidación y autonomía de la adivinanza en cuanto texto cuyos versos constituyen un movimiento tensivo, una petición de cierre, al que acude la respuesta, imprimiéndole un movimiento que la concluye y delimita como un todo, como unidad independiente.

¿Quién es el que se arrima
trayendo su casa encima?
(el caracol)

Adivinanza volanza,
¿qué vuela sin tripa ni panza?
(las boleadoras)

Estas maniobras afectan igualmente a su léxico: en las adivanzas suelen aparecer vocablos que no son de curso común en el lenguaje estándar, especialmente arcaísmos. La antigüedad de su lenguaje probaría que sus creadores fueron antiguos y se convertiría en sustento necesario de su verdad. Las culturas orales no contaban con medios para registrar los distintos estratos de significado de las palabras, muchos de los cuales resultan bastante alejados de las acepciones actuales corrientes. En ellas, el significado de las palabras es controlado por ratificación semántica directa, es decir, por situaciones reales en las cuales se las utiliza. Indiferentes a las definiciones, sólo adquieren sus

significados de su siempre presente ambiente real, que no consiste simplemente, como en un diccionario, en otras palabras, sino que también incluye gestos, modulaciones vocales, expresión del rostro y todo el marco humano y existencial dentro del cual se produce la palabra hablada. Las diversas acepciones surgen continuamente del presente aunque significados anteriores hayan moldeado el actual en muchas y variadas formas no perceptibles ya.

Pensamiento pragmático y situacional, arcaísmos, dialectalismos, aparecen, casi seguro, también al servicio del extrañamiento del lenguaje y, por tanto, de las finalidades ya descriptas: amalgama para perdurar y diferenciación respecto de otros textos creados.

Tengo un remiendo,
y lo tengo por ventura,
cortado sin tijera,
y pegado sin costura.
(el lunar)

Randa que randa,
randadorita;
Teje que teje,
tejedorita.
(la araña)

Podrían multiplicarse los ejemplos y complicarse si se consideran los significados que, constituyendo graves inconvenientes para la interpretación contribuyen, paradójicamente, a su solidez formal y a su permanencia. Esas audacias léxicas aumentan en proporción inversa a las dimensiones de este tipo de mensaje. Y a veces aparecen voces que se convierten en propias, es decir, que no existen fuera de ellas. Cuando se ha intentado dar cuenta de esos vocablos con los recursos ordinarios de la derivación y de la analogía se ha desembocado en situaciones sin salida. Más cerca de comprender tales fenómenos están quienes les han buscado un origen expresivo y lúdico, caracterizado inclusive por la extrema trivialidad de los ornatos o estereotipos que aparecen.

Es una noción lingüística absolutamente aceptada, que al lado del acto individual, particular del habla, se sitúa la lengua, esto es, un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social. Pasan a ser hechos de lengua cuando la comunidad los incorpora y les confiere validez. Sólo podemos hablar del nacimiento de una innovación a partir del momento en que se presenta como hecho social, o sea, cuando la comunidad lingüística se la ha apropiado.

Si pasamos del dominio de la Lingüística al del Folklore, tropezamos con fenómenos paralelos. La existencia de una obra folklórica sólo empieza cuando ha sido aceptada por determinada comunidad, y sólo existe de ella aquello de lo que dicha comunidad se ha apropiado. El medio, en estos casos, conforma la obra y lo que él rechaza no existe: queda fuera de uso y se extingue.

Esto implica un recorrido de obra a intérprete. Para el folklore no es esencial el origen ni la naturaleza de las fuentes ni la autoría de la obra, sino el hecho de su selección por la comunidad, su transformación como material

tomado y su reproducción, que no significa en modo alguno recepción pasiva. En tanto las formas literarias permanecen fijas, pasadas al folklore se convierten en material sometido a modificación, dando lugar así a una sustancial diferencia de función.

No es que este origen o procedencia contradiga la creación individual, sino que muestra sólo que es tan antigua que no podemos determinar ni el autor ni las circunstancias en que aparece y que surgió en un medio en el que estas nociones no suscitaban ningún interés. Alguien produjo el original, pero la relación que establecemos con esos textos no necesita forzosamente basarse en referencia alguna a sus eventuales autores. Se perciben más como una presencia que como el objeto de la creación de un autor.

Podríamos decir que en tanto la literatura se dirige a receptores de cualquier tiempo y lugar, todo texto de origen folklórico se dirige a poseedores —es decir, a un público que los hace suyos— en tiempos y lugares concretos. Las relaciones obra literaria —receptor y obra folklórica— poseedor, son pues bien distintas.

La primera es un tipo de relación voluntaria: el receptor establece contacto con la obra que le importa, cuándo y cómo quiere; selecciona entre el repertorio que se le ofrece. La adivinanza, en cambio, junto con otros textos de origen folklórico, aparece en un momento dado y en una sociedad dada, y es aprendida por los integrantes de esa sociedad como parte de su identificación por ser miembros de ella; nos remite a una cultura diferente de la de la tradición letrada hablándonos de otras cosas y, fundamentalmente, de otra manera.

Estas características de, por un lado, diferentes funciones entre obra literaria y obra folklórica y, por otro, diferente relación entre público y obras nos sitúa delante de dos espacios de la palabra que hasta no hace mucho se definían en términos de oposición. El reparto de las obras en uno u otro de estos dos espacios, dividía de manera global la producción existente entre la categoría de lo estructurado y la de lo informal; entre “obra bien compuesta” y “de libre expresión”; entre simplicidad y complejidad; originalidad y trivialidad, etc. Pero es esta separación, hoy ya no es válida.

El carácter de co-creación y de posesión por parte de los destinatarios que hemos descripto como inherente al folklore, que adopta para estructurarse modelos cuya fertilidad ha sido demostrada y que halla en su propia reiteración una vía segura para mantenerse y perdurar, alimentó la hipótesis de que de un lado estaban los escritores y su búsqueda de originalidad, y de otro el pueblo, que en mayor o menor grado asimila las innovaciones, “folklorizándolas”, incorporándolas a su sistema de vida, recreándolas al apropiárselas. Las adivanzas pertenecen a este tipo de textos: son una forma de literatura enmarcadas en la tradición lingüística y transmitida por la misma. Al mismo tiempo manifestaciones folklóricas del discurso, incorporadas a las competencias de los

hablantes que forman parte de una misma comunidad idiomática. Una de las tantas y diferentes manifestaciones de la literatura popular, cuyos producidos son conformadores de destrezas que van creando familiaridad con algunas otras formas literarias, especialmente con la poesía.

CONCLUSIONES

En resumen, el carácter agonístico, de clara referencia a la provocación de la comprensión del oyente, las pautas mnemotécnicas que rigen su vocabulario y sintaxis, la poeticidad que esta configuración les brinda, su origen en la tradición literaria oral y popular y su carácter de manifestación folklórica del discurso, confieren a las adivinanzas propiedades de textualidad que las convierte en un importante recurso didáctico.

Lo instructivo de trabajar con textos de estas características en la primera infancia reside, justamente, en que dada su procedencia de origen oral están presentes en el imaginario de la comunidad y resultan materiales sumamente significativos para ser recuperados desde la escuela. El trabajo con estos textos permite trabajar con los "saberes previos", es decir, con los conocimientos que los niños traen de sus hogares, de su familia, de su entorno comunitario, permitiendo por ello un espacio de valoración de la cultura popular, que les permite, al mismo tiempo, explorar en la producción y recopilación de diversas formas de géneros discursivos y tipos de textos.

Desde el punto de vista de los contenidos y el alcance que puede tener la alfabetización en el nivel inicial, las adivinanzas permiten el acercamiento a textos cortos pero completos y aunque no forma parte del propósito el que los niños aprendan a escribir toda la adivinanza, sí pueden ilustrarla y hacer el ejercicio de escribir la palabra que corresponde a la respuesta. Este aprendizaje no será ya un aprendizaje aislado, desprovisto de significación, sino por el contrario, dichas palabras estarán insertas en una unidad de sentido mayor como es todo el texto.

Por breves y simples, referidas a objetos, animales, plantas, fenómenos de la naturaleza, etc., son adecuadas a la comprensión de los niños.

Situadas como una de las numerosas expresiones de la oralidad, representan, junto con ellas, un determinado tipo de conciencia que se supone es expresable y toma forma desde este campo en tanto se lo compara y contrasta con el de la cultura escrita. Considerarlos mutuamente excluyentes es un error; entre ambos hay una relación de tensión creativa recíproca que tiene una dimensión histórica por cuanto las sociedades con cultura escrita han surgido de la tradición oral, y una importante dimensión actual por cuanto buscamos un conocimiento más profundo de la cultura escrita, en tanto superpuesta a una oralidad en la que nacimos y que aún gobierna gran parte de nuestras interacciones normales de la vida cotidiana.

El redescubrimiento de las reglas de la oralidad puede ser parte de la respuesta a los dilemas planteados por los métodos de interpretación de textos y las nuevas perspectivas que desde las corrientes pedagógicas contemporáneas adquiere la comprensión o construcción de significados en relación a qué es lo que ahora denominamos enseñanza de la lectura.

El lenguaje ha sido un componente necesario de nuestra evolución humana, el producto de un millón de años de especialización que nos identifica como especie. Desde la perspectiva del proceso evolutivo, el ser humano no es primero escritor ni lector, sino hablante y oyente; ésa es nuestra herencia y sería arriesgado negarla. La educación moderna que tanta importancia da al rápido dominio de la lectura y la escritura como preparación para la vida adulta, debería tener en cuenta estos condicionantes: la enseñanza de la lectura y la escritura tiene que efectuarse en el entendimiento de que una debe ir precedida por la otra y posteriormente sostenida por un programa educativo basado en una continua instrucción de la oralidad. Los buenos lectores, ha dicho alguien, nacen de los buenos hablantes. De la cultura que cumple condiciones orales; de la práctica oral que se convierte en la inseparable compañera de la palabra visualmente leída; del almacenamiento de material en la memoria oral, aun cuando desde el punto de vista semántico tenga limitada significación. Estos hábitos lingüísticos orales forman parte de nuestra herencia biológica que puede ser complementada a través de la escritura pero nunca enteramente sustituida por ella.

El punto más importante de nuestra argumentación es, pues, dejar que nuestra herencia oral siga funcionando pues constituye un complemento necesario para nuestra conciencia escrita abstracta. Estos hábitos lingüísticos orales forman parte de nuestra herencia biológica que puede ser complementada a través de la escritura pero nunca enteramente sustituida por ella.

Derrumbado el muro que separa a la cultura popular de la cultura académica, dejando que se filtren en ésta elementos de aquella otra, podremos resignificarlos y estaremos recorriendo el camino entre ambos polos de una única cultura que nos llevará a pensar diferentes usos del lenguaje en diferentes discursos sociales y promoviendo un acercamiento gradual hacia lo estético-literario, más que a delimitar jurisdicciones a la postre permeables.

Si, como señaláramos al comienzo, no es casual que una Universidad nos esté brindando este espacio, la adivinanza como texto se reviste de una connotación simbólica que nos hace ser sumamente auspiciosos para con la vigencia y revalorización que esto significa en torno a los saberes populares hacia el fin del milenio.

BIBLIOGRAFIA

- Coluccio, Félix y Coluccio, Amalia M. *Folklore para la escuela*. Plus Ultra. Bs.As. 1997.
- Movsichoff, Paulina. *A la una sale la luna. Juegos tradicionales infantiles*. Ediciones del Sol. Bs.As. 1997.
- Olson, David R. y Torrance, Nancy (Comps.). *Cultura escrita y oralidad*. Gedisa. Barcelona. 1995.
- Ong, Walter J. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica. Bs. As. 1993.
- Redfield, Robert; Foster, George M; Chertudi, Susana y otros. *Introducción al folklore*. CEAL. Bs. As. 1991.
- Sánchez Corral, Luis. *Literatura infantil y lenguaje literario*. Paidós. Barcelona. 1995.